

ÅSNE SEIERSTAD

El librero de Kabul

Traducción:

SARA HOYRUP
MARCELO COVIÁN



MAEVA

Prólogo



Sultán Khan fue una de las primeras personas que encontré al llegar a Kabul en noviembre de 2001. Yo acababa entonces de pasar seis semanas en compañía de los comandantes de la Alianza del Norte haciendo campaña desde el desierto limítrofe con Tayikistán hasta las llanuras al norte de Kabul, pasando por las montañas de Hindu Kush y el valle de Panshir. Había estado en el frente cubriendo la ofensiva contra los talibanes, durmiendo en el suelo, viviendo en chozas y viajando en vehículos militares, a caballo y a pie.

Después de la caída de los talibanes, llegué a Kabul con la Alianza del Norte. En una librería conocí a un hombre elegante y canoso. Tras pasar semanas en medio del polvo y la grava y de hablar única e inevitablemente de tácticas bélicas y de avances militares, resultó un alivio hojear libros y charlar sobre literatura e historia. En las estanterías de Sultán Khan abundaban obras en varias lenguas: colecciones de poesía, leyendas afganas, libros de historia, novelas... Como buen vendedor, me vendió siete libros en mi primera visita. Volví a menudo cuando tenía tiempo para mirar libros y seguir conversando con el curioso librero, un patriota afgano a menudo frustrado por su país.

–Primero, los comunistas me quemaron los libros, luego los *muyahidin* saquearon la librería y, finalmente, los talibanes volvieron a quemar mis libros –me contó el librero.

Un día me invitó a cenar a su casa. En el suelo, alrededor de un opíparo banquete, estaba reunida su familia: una de sus esposas, los hijos, las hermanas, el hermano, su madre y unos primos. Sultán contaba historias, los hijos se reían y bromeaban. El ambiente desenfadado y de abundante comida contrastaba con las frugales meriendas que yo había compartido con los comandantes en las montañas. No obstante, no tardé en notar que las mujeres guardaban silencio. La hermosa esposa casi adolescente de Sultán estaba sentada al lado de la puerta con un bebé en brazos, sin moverse ni decir palabra. La otra esposa estaba ausente esa noche. Las demás mujeres contestaban a preguntas y recibían elogios por la comida, pero en ningún momento tomaron la iniciativa en una conversación.

Al dejarlos me dije a mí misma: «Esto es Afganistán. Valdría la pena escribir un libro sobre esta familia».

Al día siguiente busqué a Sultán en la librería para exponerle mi idea.

–Muchas gracias –se limitó a contestar.

–Sí, pero eso implica que yo he de vivir con vosotros.

–Bienvenida.

–Debo acompañaros donde vayáis y vivir como vivís tú, tus esposas, tus hermanas y tus hijos.

–Bienvenida –volvió a decir.

Así que un día brumoso de febrero me instalé en casa de los Khan con tan sólo mi ordenador, cuadernos y bolígrafos, un teléfono móvil y la ropa que llevaba puesta. El resto del equipaje había desaparecido durante el viaje en algún lugar de Uzbekistán.

Fui recibida con los brazos abiertos. Me sentí a gusto con los vestidos afganos que las mujeres de la casa me iban prestando. Dormía en una estera al lado de Leila –la hermana menor de Sultán Khan–, que era la encargada de vigilar que no me faltara nada.

–Tú eres mi bebé –me dijo esta chica de diecinueve años la primera noche–. Cuidaré de ti –me aseguró pendiente de cualquier movimiento mío.

El menor de mis deseos debía ser satisfecho, según Sultán había ordenado. No supe hasta más tarde que había añadido que quien no cumpliera la orden sería castigado.

Me servían comida y té a todas horas, y poco a poco me fui integrando en su vida. Hablaban cuando querían, no cuando yo les preguntaba. No siempre era cuando yo tenía listo el bloc de notas, sino que podía ser durante un paseo en el bazar, en el autobús o entrada la noche, cuando yo ya estaba echada sobre la estera. La mayoría de las veces contestaban espontáneamente a preguntas que ni siquiera se me había ocurrido hacer.

He decidido dar al texto un aire de ficción; me baso, no obstante, en la vida real tal como la he presenciado o me la han relatado los protagonistas. Cuando escribo lo que piensan o sienten esas personas en determinados momentos, recurro a lo que me contaron que pensaron o sintieron entonces.

Algunos lectores me han preguntado cómo puedo saber qué pasa en las cabezas de los diferentes miembros de la familia. No soy, por supuesto, una autora omnisciente, así que si transcribo un diálogo interior o un pensamiento es porque alguien en alguna ocasión me contó lo que pensaba.

No llegué a aprender *dari*, el dialecto del persa que emplean en la familia Khan, pero tuve la suerte de que varios de sus miembros supieran inglés. ¿Insólito? Pues sí. Mi relato de Kabul es, desde luego, sobre una familia afgana sumamente insólita. Una familia librera es insólita en un país donde tres cuartas partes de la población son analfabetas.

Sultán había aprendido un inglés imaginativo, con mucho léxico, de un diplomático a quien dio clases de *dari*. Su hermana Leila hablaba un inglés excelente porque había asistido a una escuela pakistani cuando eran refugiados y había tomado clases de inglés en su infancia. También el hijo mayor de Sultán, Mansur, hablaba un inglés fluido tras estudiarlo varios años en Pakistán, así que pudo contarme todo sobre sus dudas, sus amores y sus discusiones sobre Alá. Me explicó cómo había deseado pasar por

una purificación religiosa y me llevó a un peregrinaje. Participé también en el viaje de negocios a Peshawar y Lahore, en la caza de Al Qaeda y en las compras en el bazar, y estuve en el *hammam*, en la boda y sus preparativos, en la escuela, en el Ministerio de Enseñanza, en la comisaría y en la cárcel. Sólo que no aparezco en el texto.

Otras cosas no las viví en mi propia piel, tal como la suerte dramática de Yamila o lo que hace Rahimula en la trastienda. Asimismo la petición que hizo Sultán de la mano de Sonya me la contaron los involucrados en la familia: el mismo Sultán y su madre, hermanas y hermano, Sonya y sus padres, y la primera esposa, Sharifa.

Yo fui la única persona ajena a la familia a la que Sultán permitió vivir en su casa, de manera que fueron él, Mansur y Leila quienes actuaron de intérpretes. Esto permitió, por supuesto, que esas tres personas ejercieran gran influencia sobre la historia oficial de su familia, pero comparé las diferentes versiones e hice las mismas preguntas unas veces con Sultán de intérprete y otras con Mansur o Leila. Además, estos tres personajes representan las divergencias más marcadas en la familia.

Toda la familia era consciente de que vivía con ellos con el propósito de escribir un libro y me avisaban cuando no querían que tomara notas. Aun así, he preferido mantener en el anonimato a la familia Khan y a las demás personas que retrato. No me lo pidió nadie, pero me pareció lo más apropiado.

Mis días eran como los de la familia. Al alba me despertaban los chillidos de los críos y las órdenes de los hombres, y entonces hacía cola para el baño o esperaba a que hubieran terminado todos. Con suerte quedaba algo de agua caliente, pero pronto descubrí las virtudes refrescantes de echarse en la cara una taza de agua fría. Pasaba el día bien con las mujeres yendo a visitar parientes o de compras en el bazar, bien con Sultán y sus hijos en la librería, en la ciudad o de viaje. Por la noche compartía la cena familiar y bebía té verde hasta la hora de ir a dormir.

Si bien no era más que una invitada, me sentí a gusto con la familia. Generosos y abiertos de espíritu, todos me acogieron extraordinariamente bien y compartimos muchos momentos de alegría. Sin embargo, rara vez en mi vida me he enfadado tanto con alguien, rara vez he discutido tanto con alguien y nunca he tenido tantas ganas de pegar a alguien como durante mi estancia con la familia Khan. Siempre era lo mismo lo que me sacaba de quicio: la forma en que los hombres trataban a las mujeres. La superioridad de los hombres era algo tan inculcado que apenas se cuestionaba.

Seguramente yo era percibida como una especie de hermafrodita. En mi calidad de mujer occidental, podía moverme tanto entre las mujeres como entre los hombres. De haber sido varón, jamás hubiera podido vivir en esa casa tal como lo hice –tan cerca de las mujeres de Sultán– sin provocar resquemores. Al mismo tiempo, nunca me planteó problemas ser mujer –o ser hermafrodita– en el mundo de los hombres. Cuando mujeres y hombres quedaban separados en las fiestas, yo era la única que podía circular libremente de una habitación a otra.

Asimismo estaba eximida de los rigurosos códigos de vestimenta de las mujeres afganas y podía ir donde se me antojase. Aun así, a menudo vestía la *burka* simplemente para que me dejasen en paz. En las calles de Kabul, una occidental atrae mucha atención indeseada.

Debajo de la *burka* era libre de observar a la gente a mi alrededor sin que me pudieran ver, y podía seguir a los miembros de la familia cuando salíamos sin que toda la atención se centrara en mí. El anonimato se volvió una liberación, mi único refugio, ya que en Kabul apenas se puede estar solo.

También me serví de la *burka* para meterme en la piel de una afgana, para darme cuenta de lo que es, cuando el autobús está medio vacío, buscar un sitio en las últimas tres filas reservadas para las mujeres y llenas a reventar; lo que es acurrucarse en el maletero de un taxi porque hay un hombre sentado en el asiento de atrás; lo que es ser mirada como una mujer con *burka* alta y atractiva y recibir el primer piropo de *burka* de un hombre que pasa.

Llegué a detestar esta vestimenta porque aprieta la frente y provoca dolor de cabeza, la rejilla limita el campo de visión y dentro huele a cerrado y se suda mucho porque no deja pasar el aire. Hay que andar siempre con cuidado porque una no se ve los pies y se ensucia. La prenda molesta mucho. Pude experimentar qué liberación es quitártela al volver a casa.

Por último, usé la *burka* como medida de protección cuando emprendí con Sultán el inseguro camino a Jalalabad y teníamos que pasar la noche en algún infecto puesto fronterizo o partíamos tarde cuando ya había oscurecido. Las mujeres afganas no acostumbran a viajar con un fajo de billetes de cien dólares y un ordenador portátil, de modo que los salteadores de caminos dejen en paz a las vestidas con *burka*.

Ésta es la historia de una sola familia afgana; hay millones de otras y ésta ni siquiera es representativa. Proviene de una especie de clase media, si es que se puede hablar de clase media en la sociedad afgana. Algunos de los miembros tenían estudios y varios sabían leer y escribir, no les faltaba dinero y no pasaban hambre.

Para vivir con una familia afgana del todo típica hubiera tenido que instalarme en el campo, en el seno de un clan familiar donde nadie habría sabido leer ni escribir, y donde cada día habría sido una lucha para sobrevivir. No elegí la familia Khan por típica, sino porque me inspiraba.

Yo pasé en Kabul la primera primavera después de la huida de los talibanes. La temporada estaba animada por una tenue esperanza: los habitantes se alegraban de su partida, ya no tenían que temer que la policía religiosa les molestase por las calles, las mujeres volvían a caminar solas por la ciudad, podían estudiar y las niñas podían ir a la escuela. Pero esos meses también estuvieron marcados por las decepciones de las décadas pasadas. ¿Por qué ahora iban a mejorar las cosas?

Aun así, en el curso de la primavera, mientras el país se mantenía relativamente pacífico, se pudo constatar un optimismo más sólido. La gente hacía planes, cada vez más mujeres dejaban la *burka* en casa, algunas empezaron a trabajar y los refugiados comenzaron a volver.

Igual que antes, los señores de la guerra y los jefes tribales presionaban al régimen, y éste vacilaba entre el tradicionalismo y la modernidad. En medio de este caos, el dirigente Hamid Karzai se esforzaba por crear un equilibrio y trazar un programa político. Era un líder popular, pero no disponía ni de un ejército, ni tan siquiera de un partido político en un país en el que abundaban las armas y las facciones enfrentadas entre sí.

En Kabul la situación era relativamente tranquila, pese al asesinato de dos ministros, el atentado contra un tercero y las agresiones que todavía sufría la población. Muchos habitantes depositaban su fe en los soldados extranjeros que patrullaban las calles. «Sin ellos volverá a haber una guerra civil», decían.

Apunté lo que veía y oía, y he reunido en este relato las impresiones de una primavera en Kabul, donde algunos trataban de quitarse de encima el invierno para poder resurgir, mientras otros todavía se veían condenados a morder el polvo, como hubiera dicho Leila.

ÅSNE SEIERSTAD

Oslo, 1 de agosto de 2002

Migozarad!

(«Ya pasará»)

Grafito en la pared de una casa de té en Kabul

LA PETICIÓN DE MANO



uando Sultán Khan estimó que había llegado la hora de buscarse una nueva esposa, no encontró a nadie que quisiera echarle una mano. Primero se dirigió a su madre.

–Basta con la que tienes –fue la respuesta.

Entonces lo intentó con su hermana mayor.

–Quiero mucho a tu primera mujer –le respondió, y lo mismo le dijeron sus otras hermanas.

–Sharifa se sentiría deshonrada –opinó su tía.

Sultán precisaba ayuda porque un pretendiente no puede solicitar la mano de una mujer personalmente. Según la tradición afgana, una de las mujeres de la familia presenta la oferta e inspecciona a la muchacha para determinar si se trata de una candidata apta, competente y de buenos modales. Pero ninguna de las mujeres del entorno de Sultán quería saber nada del asunto.

Él había escogido a tres jóvenes que le parecieron adecuadas. Todas eran sanas y hermosas, y además pertenecían a su mismo clan. En la familia de Sultán no se acostumbra a contraer matrimonio con alguien ajeno al clan; es considerado más prudente casarse con los propios parientes y, de poder ser, entre primos.

Pensó probar suerte primero con Sonya. Se trataba de una morena de dieciséis años con ojos almendrados y pelo brillante, bien proporcionada, robusta y, según se decía, trabajadora. Su familia era pobre y necesitada, y ella era una pariente lo suficien-

temente cercana: la abuela de su madre y la de Sultán eran hermanas.

Mientras él rumiaba cómo pedirle la mano a su futura esposa sin el apoyo de las mujeres de la familia, Sharifa se encontraba en la más completa ignorancia de que una chiquilla –nacida el mismo año de su boda con Sultán– ahora era quien obsesionaba a su marido. Se estaba haciendo vieja; igual que Sultán, ya pasaba los cincuenta. Le había dado a su marido tres hijos y una hija, y para un hombre de la posición de Sultán había llegado el momento de buscarse otra esposa.

–Pues preséntate tú mismo –dijo finalmente su hermano.

Tras evaluar la situación, Sultán decidió que ésa era la única solución. Una mañana fue a casa de la adolescente. Los padres recibieron a su pariente con los brazos abiertos. Sultán tenía fama de hombre generoso y siempre era bienvenido. La madre sirvió té y los tres se sentaron en cojines colocados junto a las paredes de la choza, intercambiando saludos y frases de cortesía hasta que Sultán consideró oportuno exponer su deseo.

–Un amigo mío desea contraer matrimonio con Sonya –anunció a los padres.

No era la primera vez que alguien les pedía la mano de la muchacha. Era bella y diligente, aunque todavía demasiado joven, en opinión de los padres. Además, como el padre ya no trabajaba porque había quedado paralizado tras una pelea con armas blancas en la que le seccionaron varios nervios de la espalda, querían conseguir un precio considerable por la hermosa doncella y seguían esperando una oferta mejor de las recibidas hasta entonces.

–Mi amigo es rico –empezó Sultán–. Trabaja en el mismo gremio que yo, tiene estudios y tres hijos. Pero su esposa se está haciendo mayor.

–¿Cómo tiene los dientes? –preguntaron los padres con premura, aludiendo a la edad del amigo.

–Igual que yo, más o menos –contestó Sultán–. Juzguen ustedes mismos –dijo enseñando su dentadura.

–Viejo –concluyeron los padres. Pero eso no tenía por qué ser una desventaja: cuanto más viejo fuera el pretendiente, más alto

sería el precio de la hija, ya que éste se establece según la edad, la belleza y las capacidades, además de la situación familiar.

Cuando Sultán Khan terminó su exposición, los padres reaccionaron según se esperaba de ellos:

–Sonya es demasiado joven.

Si bien les convenía venderla –incluso barato– al rico y desconocido pretendiente del que hablaba tan encarecidamente su pariente, no había que mostrarse demasiado interesados. Contaban con que la juventud y la belleza de Sonya harían que Sultán insistiera.

Al día siguiente fue otra vez a reiterar la propuesta. Tuvieron la misma conversación y Sultán recibió idéntica respuesta, pero en esta ocasión los padres le dejaron ver a Sonya, a la que no había visto desde que era una niña. La chica besó su mano mostrando así su respeto hacia un pariente de más edad, y él depositó un beso sobre su cabello y le dio la bendición. La joven notó el ambiente tenso y se sintió incómoda al advertir la mirada escudriñadora de su tío.

–Te he encontrado un marido rico, ¿qué te parece? –inquirió Sultán. Sonya bajó la mirada. Contestar hubiera significado quebrantar las normas: una chica no debe opinar nunca sobre un pretendiente.

Sultán volvió al tercer día y esta vez presentó la oferta del pretendiente. Un anillo, un collar, pendientes y una pulsera, todo de oro rojo. Toda la ropa que quisiera, trescientos kilos de arroz, ciento cincuenta litros de aceite para cocinar, una vaca, unas cuantas ovejas y quince millones de afgani, la moneda local, un poco más de cuatrocientos dólares.

El padre de Sonya estaba más que contento con el precio y pidió conocer al hombre misterioso que ofrecía tanto por su hija y que incluso pertenecía al clan, según les había asegurado su pariente, aunque ni él ni su mujer conseguían identificarlo, ni tampoco recordaban haberlo conocido.

–Mañana –dijo Sultán– les dejaré ver una foto de él.

Al día siguiente, su tía –a cambio de un pequeño soborno– aceptó descubrir a los padres de Sonya la identidad verdadera del

pretendiente. Llevó una foto de Sultán Khan y les dijo que éste había puesto la condición inapelable de que se decidieran en el plazo de una hora. Si aceptaban, él estaría muy agradecido, pero el hecho de que le rechazaran no afectaría a sus relaciones. Lo único que no quería eran unas negociaciones interminables.

Los padres dieron su consentimiento antes de una hora. Les complacían tanto el pretendiente como el dinero y su posición. Sonya, mientras, lloraba en el piso de arriba. Una vez revelado el misterio de la identidad del pretendiente y aceptada la oferta por los padres, un tío de la muchacha subió a hablar con ella.

–El tío Sultán es tu pretendiente –dijo–. ¿Das tu aprobación?

Sonya no despegó los labios y se quedó mirando el suelo con ojos lacrimosos, oculta tras el largo velo.

–Tus padres han aceptado al pretendiente –prosiguió el tío–. Ésta es tu única oportunidad para expresar tu deseo.

La joven estaba petrificada de terror. No quería casarse con ese hombre, pero sabía que tenía que obedecer a sus padres. Subiría varios peldaños en la sociedad afgana, y el alto precio pagado por ella resolvería gran parte de los problemas de su familia. El dinero que recibieran los padres ayudaría a comprar esposas apropiadas para los hermanos. Sonya guardó silencio sellando de este modo su propio destino: el que calla, otorga. Se ultimó el acuerdo y se fijó la fecha de la boda.

Sultán volvió a casa para dar la buena nueva. Encontró a su mujer, a su madre y a sus hermanas sentadas en el suelo, en torno a una fuente con arroz y espinacas. Sharifa tomó la noticia a guasa y contestó riéndose y bromeando. También la madre se rió de lo que consideraba un chiste de su hijo, ya que no le creía capaz de pedir la mano de una muchacha sin su permiso. Las hermanas se quedaron estupefactas. Nadie le creyó hasta que mostró el pañuelo y los dulces que recibe el pretendiente de los padres de la novia como prueba del compromiso.

Sharifa lloró veinte días seguidos.

–¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Qué deshonra! ¿En qué te he faltado?

Su marido le dijo que se callara. Ningún familiar apoyó a Sultán, ni siquiera los hijos varones. Aun así, nadie se atrevió a llevarle la contraria: la voluntad de Sultán debía ser siempre respetada.

Sharifa estaba inconsolable. A ella, que era profesora de persa, lo que más le dolía era que su marido hubiera elegido a una analfabeta que ni siquiera había terminado el primer curso.

–¿Qué tiene ella que no tenga yo? –sollozaba.

Sultán pasó por alto las lágrimas de su esposa.

Nadie tenía ganas de participar en la fiesta de esponsales, pero Sharifa tuvo que tragarse el orgullo y vestirse para la ceremonia.

–Quiero que todos vean que estás a mi lado y que das tu consentimiento –ordenó su marido–. En el futuro, todos viviremos juntos y tienes que mostrar que Sonya es bienvenida.

Sharifa siempre había cedido ante su marido, y también lo hizo entonces, cuando le resultaba más doloroso: entregarle a otra mujer. Sultán exigió incluso que fuera ella quien pusiera los anillos a los novios.

Veinte días después de la petición de mano se celebró la solemne ceremonia de compromiso. Sharifa trató de dominarse y guardó la compostura, aunque sus parientes femeninas hicieron lo que pudieron para que la perdiese.

–Qué destino tan cruel el tuyo –comentaban–. Qué marido tan ingrato.

A los dos meses del compromiso se celebró la boda el día de la fiesta del Año Nuevo musulmán. Pero esta vez Sharifa se negó a participar.

–Está por encima de mis fuerzas –comunicó a su marido.

Las mujeres de la familia la apoyaron: ninguna compró vestidos nuevos para la fiesta, ninguna se maquilló todo lo que exigía una boda. Lucieron peinados sencillos y sonrisas congeladas en solidaridad con la esposa desechada que ya no compartiría el lecho con Sultán Khan. La cama estaba ahora reservada para la jovencita asustada, aunque todos vivirían bajo el mismo techo hasta que la muerte les separara.